



CUANDO LA OSCURIDAD ACECHA
DESDE EL OTRO LADO

REFLEJADO *EN LA* SANGRE

ANDRÉS BORGHÍ



BÄRENHAUS



REFLEJADO *EN LA* SANGRE

ANDRÉS BORGHI

BÄRENHAUS

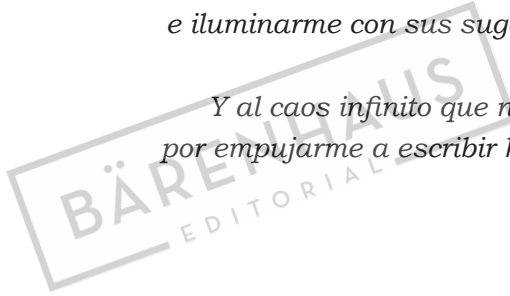
ÍNDICE

<i>Detrás de la puerta</i>	11
<i>Emergencia nocturna</i>	25
<i>Marcada</i>	29
<i>En la oscuridad</i>	57
<i>Sábanas rojas</i>	89
<i>Ojos celestes</i>	103
<i>Comiendo su cabeza</i>	107
<i>La mujer que no muere</i>	127
<i>Sus últimas palabras</i>	151
<i>Bajo la tierra negra</i>	155

*Agradezco profundamente a mi familia
por confiar siempre en mis proyectos.*

*A Mariano, Mae y Vladi
por ser mis primeros lectores
e iluminarme con sus sugerencias.*

*Y al caos infinito que nos rodea
por empujarme a escribir historias.*



DETRÁS DE LA PUERTA

Milagros desplegó la foto de su padre y la sostuvo frente a sus ojos ya acostumbrados a la tenue luz de las velas. No sabía dónde o cuándo había sido tomada, pero tampoco le importaba. Lo único que necesitaba era un retrato, una imagen grande y clara de su rostro. La había encontrado allí mismo, en la casa del viejo, revisando unas cajas polvorientas que había encontrado enterradas detrás de toda la basura amontonada en uno de los armarios.

La mirada astuta e indescifrable parecía juzgarla a través del papel, se reía de ella como lo había hecho tantas veces. Pero era sólo su imaginación, el hombre ya estaba muerto.

De pie en el pequeño living se sentía rodeada por el desastre. La casa era un chiquero, siempre lo había sido, demasiado pequeña para todas las cosas que su padre conservaba. Había restos de muebles, aparatos eléctricos rotos, libros mohosos, y un sinfín de porquerías más. Por suerte, la poca luz que brindaban las velas escondía un poco esa vista tan deprimente. No podía esperar a

terminar lo que había ido a hacer para huir de allí y no volver jamás.

Se paró frente a la entrada del antiguo dormitorio del viejo, que ahora era una cueva oscura y vacía, y cerró la puerta de madera ante sí. Miró una vez más la foto que aún sostenía en sus manos y, siguiendo las indicaciones que le había dado aquella mujer, la pegó en la puerta con cinta adhesiva. Luego usó otro poco de la cinta para bloquear el ojo de la cerradura. Se alejó unos pasos.

12

Mirando la imagen de su padre allí, inmóvil, como visto a través de un agujero en la puerta, comenzó a sentir cómo la pesadumbre se apoderaba de ella.

—¿Está absolutamente segura de que quiere hacerlo? —le había preguntado la mujer—. Yo no me hago responsable de lo que pueda pasarle.

—Sí —había respondido convencida—, no me queda otra.

Ahora dudaba. No quería volver a hablar con él.

—Tiene que estar usted sola y la única luz debe provenir de las velas. Cuando la foto esté en su lugar, píntela con el aceite.

Milagros se acercó nuevamente a la puerta sosteniendo el pequeño frasco que le había vendido la mujer. “Aceite”, había dicho, pero no olía a ningún aceite que ella conociese.

Apoyó el pincel embebido en el líquido sobre la cara de su padre e, inmediatamente, un potente escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Acaso esa sustancia tenía algún tipo de poder? o ¿era ella víctima de la sugestión

y le otorgaba a ese poco de agua con olor, que le había costado un dineral, una fuerza que no poseía?

Se concentró en calmarse, esto no debía ser más que un trámite. Pasó el pincel por toda la foto y luego se sentó en una silla que había puesto previamente frente a la puerta, a unos tres metros, y dejó el frasco en el suelo.

Ahora debía quedarse quieta y en absoluto silencio.

Fijó la vista en la fotografía. Tenía que pensar en él, en su padre, en su rostro, en su cuerpo y en su voz.

13

Y debía pensar en cómo el hombre había muerto, eso ayudaría a hacerlo volver.

O eso le había dicho la mujer...

Pero Milagros no lo había visto morir. Lo habían encontrado los vecinos en esa habitación, que ahora lucía la foto en la puerta, tres días después. Lo imaginaba tirado en la cama, derrotado por un paro cardíaco. Le gustaba imaginarlo así: muriendo en soledad.

Los ojos le picaban. No debía apartarlos de la fotografía bajo ningún concepto. Tenía que concentrarse. Le parecía que la foto se movía, que cambiaba de gesto, que su sonrisa se deformaba en una mueca burlona. Sabía que era la ilusión óptica que se produce al mirar fijamente algo por demasiado tiempo: el cerebro interpreta que ya ha observado toda la información disponible y comienza a deformarlo todo para no saturarse.

Pero la foto no era lo único que parecía cambiar. A su alrededor la luz que proporcionaban las velas también se movía. La mujer le había advertido eso.

—Cuando haya observado la foto lo suficiente y haya pensado en el hombre, las luces se moverán. Parecerán apagarse, pero no del todo. Lo suficiente para crear una isla de luz entre usted y la puerta, como si no hubiese nada más en el mundo. Ese será el momento indicado.

14 Pero ahora no podía hacerlo. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. El silencio se había vuelto palpable, llenándola de miedo, pero más miedo le provocaba la idea de romperlo. ¿Y si todo lo que había dicho la mujer era cierto?

—¿Papá? —dijo con voz temblorosa, como en un susurro.

Sin mover un solo músculo, observó la puerta, esperando.

Nada ocurrió.

Debía sonar segura, esa era otra de las indicaciones.

—Papá —repitió un poco más fuerte.

Nada.

Qué idiota. La habían estafado. Ese estúpido líquido que había comprado representaba sus últimos ahorros. Había caído en una típica trampa destinada a los desesperados.

Miró a su alrededor. ¿Qué hacía allí, en ese lugar que tanto odiaba, sumergida en la oscuridad y el silencio? Pateó el frasco junto a sus pies con bronca, quizás para que el ruido la trajese de vuelta al mundo real. El recipiente de vidrio cayó de lado y comenzó a girar sobre el suelo de madera, derramando su contenido a medida que se alejaba.

De pronto, Milagros saltó de la silla y sujetó el frasco, ya vacío. Debía callar el ruido que hacía al girar ya que, por debajo del barullo, había escuchado algo más.

Una respiración detrás de la puerta.

Se quedó quieta, como si el más mínimo movimiento de su cuerpo pudiese romper el hechizo.

Lo oyó de nuevo. Había alguien en la habitación. Apenas alcanzaba a oír esa respiración vacilante atenuada por la puerta cerrada, pero allí estaba.

15

Volvió a la silla y se sentó con cuidado, enfocándose una vez más en la fotografía. Cuando estuvo lista, habló de nuevo.

—Papá.

La respiración cesó de golpe, interrumpida por un débil gemido de sorpresa. Era la voz de un hombre mayor.

Otra vez el silencio.

Milagros abrió la boca para hablar, pero aquello le ganó de mano.

—¿Quién es...? ¿Milagros...?

Esta vez ella fue quien dejó escapar un gemido de sorpresa. Era él, era su padre, y sonaba asustado.

Por un momento pensó en levantarse y salir corriendo de esa casa para no volver nunca más, olvidarse de lo que había ido a hacer. Ya encontraría otra solución. Pero su propia voz la trajo de vuelta a la realidad, a esa realidad.

—Sí, soy yo.

—¿Dónde estoy? Tengo frío. No veo nada.

La voz sonaba un poco más clara, como si se hubiese acercado a la puerta al oírla a ella. ¿Realmente estaba hablando con él?

—Quedate tranquilo. Estás en tu casa, en tu pieza —respondió, intentando camuflar su miedo.

—¿Mi pieza...? ¿Qué hago acá?

—Necesito tu ayuda.

—¿Dónde estoy...? Siento la puerta, pero no puedo tocarla.

16 —Necesito que me ayudes, papá —continuó, como si no hubiese oído la pregunta.

Tenía que hacerlo rápido, había dicho la mujer. Debía aprovechar la desorientación de su padre.

—¿Ayudarte?

—Sí, estoy en un momento difícil. Sólo vos podés darme una mano.

La voz no respondió. El silencio volvió a apoderarse del lugar. El living parecía haberse achicado aun más, era como estar en un pasillo en el que sólo cabían ella y la puerta.

Milagros esperó, nerviosa. Cada segundo contaba.

—¿Papá...?

La foto la miraba, con esa sonrisa falsa grabada en el papel.

—¿De qué hablás? ¿Qué ayuda?

Seguía desorientado.

—Las cosas no están bien. Perdí el departamento que alquilaba, ya no tengo donde quedarme, ni me alcanza para conseguir otro lugar. Casi no tengo para comer.

Oía sus propias palabras y se avergonzaba. Jamás había hablado así con él, de manera tan directa. El único lenguaje que habían compartido era el de la violencia. Se preguntó cómo luciría él en ese momento: ¿estaría pálido y demacrado como en el instante de su muerte? ¿Sería la versión de su padre que veía en la foto? ¿O algo totalmente distinto? Quizás ninguna de las anteriores, seguramente era sólo una voz incorpórea proyectándose a través de la madera. Sin embargo, se la oía cada vez más firme.

17

—Acá no tengo espacio para que se quede nadie.

—No, no es eso. No quiero molestarte. Si pudieras ayudarme con algo...

—Yo no tengo nada... ¿Por qué no puedo abrir la puerta? ¿Por qué me hablás desde afuera?

Había ensayado la conversación mil veces en su cabeza. Se encontraba en el momento clave.

—Una vez me dijiste que, si lo necesitaba, podías darme una parte de eso que tenés guardado.

Esperó, rogando que la mentira funcionase.

No hubo respuesta.

—Me ibas a decir en dónde está, así podía sacar lo que necesitase.

Ya no había voz, ni respiración. Era como si detrás de esa puerta ya no hubiese nadie. Pero ella sabía que no era así, la mujer le había explicado muy bien cómo funcionaba.

—¿Papá...?

—Eso es sólo para emergencias. Yo nunca te prometí eso.

—¡Sí, lo prometiste! ¡Y sí, es una emergencia!

Cerró los ojos e intentó calmarse, no podía perder el control otra vez. No volvería a caer en el juego de su padre.

—Esa plata nos la dejó mamá —continuó ella—. Dijiste que la ibas a guardar vos, pero que si algún día yo necesitaba un poco te podía pedir.

—Vos no sabés manejar el dinero. Mejor que la tenga yo. Y nunca me viniste a pedir esto antes, ¿por qué ahora, de pronto...?

18

La voz calló de golpe. En esa pausa interminable Milagros oyó todos y cada uno de los latidos de su corazón.

—Milagros...

Ella no dijo nada.

—Milagros, yo no tendría que estar acá.

Se había dado cuenta.

—Yo estoy muerto.

Ella se tomó la cabeza y bajó la mirada, agobiada. Eso no ocurría casi nunca, según la mujer, y si acaso pasaba, significaba que quedaba poco tiempo.

Las cosas no estaban yendo bien.

Se puso de pie, casi sin notarlo, presa del nerviosismo.

—¿Qué decís, papá, si estás acá hablando conmigo? —continuó, como si nada.

—¿Entonces por qué no me abris la puerta? Yo no puedo.

No debía seguirle el juego, pero se encontraba falta de palabras.

—Quiero irme, Milagros, no me siento bien.

—Sólo te podés ir cuando yo lo permita.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no te vas hasta que no me digas dónde escondiste la plata.

La voz calló. Milagros sabía que su padre odiaba encontrarse acorralado. Era una buena manera de sacarle información. Una vez que tuviese lo que quería, abriría la puerta y vería que no había nadie del otro lado. Esa era la manera de romper el hechizo y devolver la presencia a su lugar, como si nunca hubiese estado ahí.

Pero debía apurarse.

—¿Escuchaste? —inquirió. Había comenzado a temblar.

Su padre reía. Era una risa contenida y tenue que apenas se oía a través de la madera. Milagros la conocía muy bien, su sonido había nutrido su miedo, su odio y su frustración a lo largo de toda su vida. Creía que jamás volvería a oírla.

—¿Para eso me traes de vuelta? ¿Para robarme? Qué patético. Siempre dependiendo de los demás. Si tanto la querés, buscala vos.

—Ya di vuelta todo el lugar.

—Entonces esforzate más. Te vendría bien mi plata. Estás flaca, tu ropa está vieja. Deberías cambiar ese pulóver por uno nuevo.

Milagros se miró el cuerpo, instintivamente. ¿Cómo había adivinado lo que tenía puesto si el ojo de la cerradura estaba bloqueado?

La foto. ¿Acaso había cambiado? Le costaba distinguir los detalles, como si de pronto fuese más oscura. Sentía como si los ojos en la imagen la mirasen, como si de la boca escapase aquella risa burlona. No se dejaría intimidar.

—¿Para qué seguís escondiendo esa plata? Ya no es tuya. Vos no la podés usar.

—No, no puedo, pero vos tampoco. Abrí la puerta y déjame ir.

20

¿Cómo lo sabía?

—¡No voy a abrirla!

De pronto el picaporte se movió. Fue sólo un milímetro, pero alcanzó para que Milagros sintiese como la sangre abandonaba su cuerpo, a la vez que oía la voz de la mujer resonando en su mente:

—Usted tiene el poder de abrir la puerta para detener el hechizo, pero tiene que hacerlo rápido —había insistido la mujer—. Mientras más tiempo pase, más fuerza ganará la presencia. No permita que ella la abra antes que usted.

La puerta no se abrió y el picaporte volvió a su posición original, pero Milagros no podía moverse, presa del pánico. Lamentaba no haber preguntado más a la mujer. La charla con ella se había tornado tan surrealista que en ese momento no se había animado a indagar más. ¿Qué pasaba si la puerta se abría sola antes de tiempo? Ahora, corroborando que todos los insólitos eventos que la mujer había presagiado resultaban ser ciertos, esa pregunta no formulada la llenaba de terror.

—Basta. Estoy cansado —suplicó la voz. Al parecer, se había rendido.

¿Se rendiría ella también, o lo intentaría una vez más?

Imaginaba a la mujer advirtiéndole que no debía tentar a la suerte, pero esta era su única chance: el líquido se había derramado privándola de futuros intentos y ya no contaba con el dinero para comprar más.

Era ahora o nunca.

—Entonces decime dónde la escondiste.

—Está bien, vos ganás.

Había funcionado. Milagros casi no podía creerlo.

—La plata está acá, en esta habitación. La escondí en el colchón usando un corte escondido en la tela.

¿El colchón? No se había fijado ahí.

—Abrí la puerta y pasá. La plata es tuya.

Milagros avanzó un paso, pero se detuvo de inmediato. Si ella abría la puerta el hechizo acabaría, “como si la presencia no hubiese estado nunca”, había dicho la mujer.

—¿Cómo sé que es verdad?

—Soy tu papá, Milagros, ¿no confiás en mí?

Lo oía reír por lo bajo, una risa contenida como la que se le escaparía a un niño que no quiere revelar que su trampa funcionó, pero tampoco quiere reprimir su diversión.

Milagros se quedó observando la foto, derrotada. Realmente parecía moverse. Quería arrancarla de ahí, romperla en pedazos y escapar de ese lugar maldito,

pero no podía hacer nada. Cada segundo que demoraba en decidir la acercaba más a la ruina.

Con una infinita amargura comprendió que había perdido otra vez en el juego de su padre.

La risa cesó y el picaporte comenzó a sacudirse otra vez, ahora con más fuerza que antes. El ruido la sacó de su estupor, y una terrible sensación de urgencia la lanzó disparada hacia la puerta. Tomó el picaporte y empujó, abriendo una rendija de apenas unos centímetros, lo suficiente para cortar el hechizo. Se quedó allí, tensa, con los cabellos de la nuca erizados.

22

Algo no estaba bien. Apenas había hecho fuerza para abrir la puerta, casi como si alguien hubiese tirado desde adentro a la vez que ella empujaba desde afuera.

Levantó la mirada y observó la oscuridad más allá de la rendija. No había nada más que negrura y silencio, se encontraba totalmente sola. Sin embargo, no podía sacarse de encima la sensación de que alguien había abierto la puerta antes que ella, de que había llegado tarde por un minúsculo instante.

Empujó un poco más, viendo a la ranura vertical expandirse como una herida que revela una boca negra y vacía, y escrutó el interior.

Nadie.

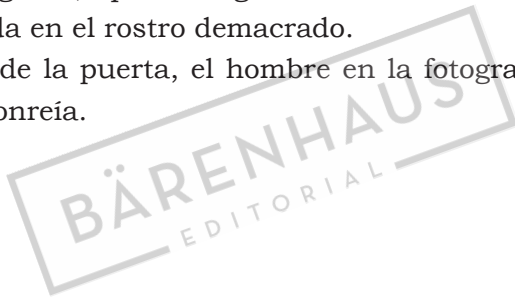
Mientras más segundos transcurrían más extraña se sentía. Era como despertarse de un sueño y ser invadida por la vigilia, olvidando los eventos absurdos de hacía apenas unos minutos como si nada de aquello hubiese ocurrido realmente. Aun así, la fuerte sensación de haber hablado con él permanecía.

¡El dinero! necesitaba el dinero. ¿Estaría realmente en esa habitación?

Estiró su mano para presionar la tecla de luz de la pieza, ya no quería entrar a oscuras, pero algo la detuvo. Toda su sangre se heló por completo ante el tacto de aquello que la había aferrado de la muñeca. Tiró con fuerza y, con el control de sus pies impedido por el horror, cayó hacia atrás.

Su padre, una figura pálida y marchita surgida de la oscuridad, se abalanzó sobre ella como un cadáver flotante. Milagros, con un último grito asfixiado en su garganta, apenas llegó a ver esa sonrisa burlona grabada en el rostro demacrado.

Desde la puerta, el hombre en la fotografía también sonreía.



EMERGENCIA NOCTURNA

Las puertas de la sala de espera se abrieron de par en par, y el médico de guardia, hasta ese momento solo, vio algo espantoso.

25

Eran dos chicas. Una de ellas lloraba de manera desesperada mientras sostenía a la otra, que parecía estar muerta. Pero no lo estaba, ya que uno de sus ojos estaba abierto, mirando para todos lados. La mitad de su cabeza se había perdido en el accidente, supuso el médico, al igual que uno de sus brazos. En un costado tenía una herida abierta que permitía ver sus costillas. El muñón de su brazo parecía intentar alcanzar, sin éxito, ese agujero para cubrirlo. El médico se quedó paralizado, analizando que hacer. No podía llamar a nadie. A esa hora, aparte de él, sólo quedaba el guardia de seguridad, quien estaría durmiendo en alguno de los pasillos. El hospital se encontraba al costado de la ruta y estaba demasiado alejado del pueblo más cercano como para que cualquier tipo de asistencia llegase a tiempo, y a ella le quedaban apenas minutos de vida.

—¡Ayuda! — gritó la chica, y con eso logró sacarlo de su estupor. Entre los dos arrastraron a la víctima hasta la puerta del quirófano, donde el médico le insistió a su amiga para que esperase afuera.

Ella no moría todavía, con su cuerpo destrozado sobre la camilla, tiñéndola de rojo. Él aún intentaba superar el shock. Nunca había visto a una persona tan malherida. Por un instante, un pensamiento pasó por su cabeza: todo sería mucho más fácil si ella simplemente muriese. Quiso creer que era porque deseaba que ella dejase de sufrir, pero en el fondo sabía que era porque no creía ser capaz de manejar la situación.

26

Levantó la mirada hacia la puerta para asegurarse de que su amiga no los miraba desde afuera. Allí estaba, observándolos a través del vidrio circular con un gesto de lo más extraño, ¿acaso sonreía?

La accidentada tosió y la bata del médico se manchó con la sangre que escapó de su boca. Él la observó y vio el único ojo de ella mirándolo fijamente. Por el lado abierto de su cabeza, una sustancia gelatinosa resbalaba lentamente desde el interior del cráneo. No podía seguir viva luego de perder tanta masa encefálica, pero ahí estaba.

El médico tomó un rollo de vendas para cerrarle esa herida enorme, mientras el ojo lo seguía en cada movimiento. ¿Vendas? ¿Para cubrirle ese agujero? ¿Para que su cerebro no acabase en la camilla como un agua viva? Se sentía un imbécil. No tenía idea de cómo reaccionar. Todo lo que había aprendido se había borrado de su mente.

Ella volvió a toser con un sonido ahogado. Su pecho se agitaba, subía y bajaba con velocidad.

Soltó las vendas y le abrió la boca encontrándose con un coágulo enorme. El aire no ingresaba a la tráquea. Le abrió un orificio en la garganta con un bisturí y la entubó para que pudiese respirar. Algo le apretó el brazo. Era ella, tirando de su manga con la única mano que le quedaba y mirándolo con ese ojo fijo en él, suplicante. Su boca se movía, como diciendo algo. El médico se acercó para oírla. No escucharía nada, ya que era imposible hablar con una traqueotomía.

27

—No quiero morir.

Fue menos que un susurro, pero lo oyó claramente.

Se alejó para contemplarla. Ella lloraba, su ojo soltando sus últimas lágrimas. De pronto su rostro perdió toda expresión y su pecho dejó de moverse. Había muerto.

La miró estupefacto, tratando de entender qué había pasado en esos minutos. Habían sido pocos, pero suficientes para que el piso del quirófano pareciese el mostrador de una carnicería. Retrocedió hasta toparse con la pared detrás de él. ¿Qué debía hacer ahora?

Alguien, fuera de la habitación, rió. Pudo ver a la amiga de la muerta agarrándose el estómago, riendo a carcajadas. Estaba por decirle algo cuando un movimiento en la camilla le llamó la atención. La paciente lo miraba y en su boca lucía una sonrisa. Ella también estalló en carcajadas escupiendo sangre para todos lados. Se sentó rápidamente, con un

movimiento antinatural, y lo señaló con la mano que le quedaba. Volvió a reírse en su cara, de manera burlona, y saltó de la camilla escapando del quirófano como una muñeca rota y dejando un reguero de sangre a su paso.

Afuera la recibió su amiga y ambas huyeron hacia la noche de la mano, riendo como locas.





BÄRENHAUS
EDITORIAL